

Joan Fuster

EL BUITRE DE MIRAMAR

Al parecer, una vez alguien –retóricamente llamado Heliodor– aconsejaba a Joan Alcover que abandonase su triste oficio de curial en la Audiencia de Mallorca y se dedicase de lleno al noble arte de la composición poética. En todo caso así lo explica el propio don Joan en un poema irónico y encantador. Desde luego, la sugerencia no dejaba de ser una arriesgada tontería y por eso el poeta la encajó con sonriente placidez. Mal que bien, Alcover se ganaba un sueldo –digo yo– como funcionario de la Administración de Justicia y habría sido un gesto demencial renunciar a la plantilla y al escalafón a cambio de unas hipotéticas perspectivas de gloria literaria, quizá preciosas, pero difícilmente convertibles en moneda de curso legal. Por lo demás, según se deduce del testimonio de quienes le conocieron, don Joan era la sensatez personificada y tal es la idea que sacamos de sus escritos. Alcover no tenía madera de «genio»: nada más lejos de su estilo y de sus criterios que la concepción «sacerdotal» de la poesía. Para él el poeta no era un individuo tocado por misteriosos carismas, excepcional, frenético, dotado de alguna forma singular de superioridad. Por el contrario: creía, sin duda, que el cultivo de la poesía era perfectamente compatible con cualquier estado y condición social, por grises y aburridas que fuesen, e incluso con la toga de un relator de Audiencia, como la suya... Con todo, algo había en el planteamiento de Heliodor que le hizo reflexionar. No se trataba de la proposición en sí, claro está. Pero aquella proposición le forzaba a «verse» en su situación real: «enjaulado». Enjaulado entre los barrotes profesionales del papeleo y de la nómina, de los horarios y de la jerarquía. Sin libertad.

La palabra «enjaulado» es de él mismo. Tomando pie en la anécdota de Heliodor, Joan Alcover redactó un poema –el poema aludido al principio– en el que burla burlando, da aleccionadoras vueltas al asunto. Se titula «El voltor de Miramar». Si hemos de creer su noticia, ocurrió que un muchacho de la Isla cazó vivo un polluelo de buitre, y la pequeña bestia fue a parar al parque de la residencia que en Miramar tenía el archiduque de Austria, Luis Salvador. Allí, dentro de una jaula, en pleno paraje luliano y bajo los auspicios imperiales, el buitre crecía y vivía. La imagen del ave prisionera sugiere al poeta comparaciones muy gráficas: un sultán cautivo, asmático, padeciendo reuma y gota. Insensible al ancho mundo que le rodea y que le está vedado, sólo sale de su quietud apagada cuando el criado del archiduque le trae la carne cruda para su alimento. «Vivienta encarnació del tedi», los visitantes se compadecen de él. Le suponen nostálgico de vuelos atléticos, de rapiñas succulentas, de movimientos sin traba. «Ah! si ta porta obrissin!...». Y le abren la puerta de la jaula. El animal no se mueve sin embargo. Fue necesario hacerle salir a la fuerza. Aleteó sin el menor entusiasmo, inhábil, desconcertado. Cayó, volvió a levantarse. Pasa el tiempo, y ahora no le sirven la comida: se la ha de buscar. Se cierne sobre una clueca y su joven descendencia, pero un niño con una caña basta para espantarle. Detecta una carroña, y cuando se acerca a ella comprueba que ha sido ya exhaustivamente consumida por congéneres suyos más

ágiles. Torpe y hambriento, regresa a su cárcel, «i dins la gàbia esper l'arxiducal ració».

La cosa tiene un deliberado aire de «fábula» o de «alegoría». Sorprende un poco que Alcover escogiese el buitre, pajarraco más bien repugnante, para trazar un «paralelo» del «enjaulamiento» humano (empezando por el suyo propio). Tal vez la historia de Miramar era cierta. Por otra parte, repugnante y todo, el buitre se presta a ser admitido como una estampa brava, feroz, indócil: a la especie le correspondió, es bien sabido, la mitológica tarea de devorarles los higadillos a Prometeo. El caso es que Alcover escogió el buitre, y que la experiencia del buitre de Miramar resulta perfectamente comprensible: un encierro prolongado, una larga costumbre de «enjaulamiento», acaba por enervar y desmochar al ser más robusto y altivo. Y aquí se desliza la alarmada conclusión de Alcover: «La ràbia – de l'hèroe qui mossega els ferros de sa gàbia – arriba a esmortuir-se dins l'habitudo servil, – i l'àguila es fa ximple i l'home torna vil.» O sea: no se pierde impunemente la libertad, sobre todo si esa pérdida es dilatada y firme. La reacción rebelde de recluso se atenúa con el tiempo, se convierte en resignación, pasa a ser vileza. «Els ossos se rovellen i l'esperit també», añade el poeta. «Bé ho sap la criatura crònicament sotmesa: –no és bo per ésser lliure qui a ser esclau s'avesa». Dicho esto, y explicado, don Joan vuelve al tono ligero y casi humorístico. El poema va dirigido al Heliodor que le interpeló. Alcover piensa en su «jaula». No lo dice en serio, pero la verdad es que, en el fondo, su poema gira sobre la convicción de que lo suyo es una «jaula»: un ámbito acotado, con rejas insalvables. Y es lo de cada cual, más o menos. Una trama de rutinas e intereses delimitan el espacio del poeta, como los hierros limitaban el área de vuelo del buitre de Miramar. En su interior, toda tentativa de «volar» es un engaño: se trata de un movimiento corto y quebrado. Y don Joan, no sé si sarcástico o intimidado concluye: «Jo bé volar voldria pels horitzons de l'art; –mes per emancipar-me de mon ofici... és tard!». Es tarde, confiesa: le pasaría lo que al buitre de Su Alteza Imperial.

¿Tarde, demasiado tarde? El poema permite una glosa demorada e incisiva. Porque la cuestión presenta muchas facetas, y todas atrayentes. El peligro de la «jaula», la realidad de la «jaula», son el pan de cada día, para individuos y colectividades. El beneficio de la «libertad» es una de las cosas mas insólitas que se puedan dar en esta vida: por lo menos, biografías e historias no registran sino alternancias de «libertad» y «jaula». El poeta tenía razón en cuanto afirmaba los efectos nocivos del «enjaulamiento»: «Heliodor, ¿saps ara per què no puc sortir –de la presó perpètua que tanca mon albir?– No és bo per ésser lliure qui a servitud s'avesa...». Avezarse a la servidumbre es condenarse a la servidumbre para siempre jamás. ¿De una manera fatal? Alcover sabía que no. El ejemplo del buitre de Miramar sólo parcialmente es válido. Un hombre, un poco mayor que él, y tan «enjaulado» como él en su oficio y en su ambiente, no sólo supo «volar» cuando salió de la «jaula», sino que tuvo agallas para romperla: se llamaba Gauguin. Otro tanto acontece con los grupos y las comunidades. Pero ni siquiera le hacía falta a don Joan el testimonio de unos hechos, a los que, en definitiva, podría considerar como excepcionales. Basta la «consciencia» de la «jaula» para que el hechizo letal de la servidumbre se desvanezca. El buitre del archiduque ignoraba la libertad: ignoraba que podía ser libre. Por eso no pudo volar cuando la

obtuvo. Lo malo es que también entra en lo posible ese riesgo: que llegado el momento, uno no sepa usar de sus alas, no sepa ser «libre». Las consecuencias serían funestas: el retorno compungido a la «jaula», de grado o por fuerza. Hay que aprender aunque sea con la imaginación.

[*El Correo Catalán*, 5 setembre 1964]